

# La Francia menguante

**HOLLANDE Y VALLS, A FUERZA DE PRAGMATISMO ANTE LOS MERCADOS, HAN CONVERTIDO A SU PAÍS EN IRRELEVANTE EN LA ESCENA GLOBAL. AHORA AFRONTAN PROTESTAS Y HUELGAS CONTRA UNA REFORMA LABORAL COMO LA DEL PP.**

Si Francia no existiera, habría que inventarla. Lo digo así, de antemano y sin tapujos, para que el lector sepa que soy francófilo, que considero imprescindible la aportación de este país al progreso universal de las libertades y los derechos, desde el Siglo de las Luces hasta Mayo del 68, pasando por la toma de la Bastilla, la revolución de 1848 y la Comuna. Aún más, como español, como latino, como mediterráneo, creo que Francia es asimismo necesaria como contrapeso al enorme poderío anglosajón y germano. El De Gaulle que se negó en 1940 a aceptar la victoria de Hitler y levantó la cabeza frente al imperialismo estadounidense en los años 1960, figura en el panteón de los franceses que admiro. Y no es el único de derechas que situó allí: cuando el cretino de Bush metió al mundo en el avispero de Irak, me sentí más representado por Chirac y Dominique de Villepin que por Aznar y Ana Palacio.

Por eso me entristece que Francia no haya dejado de encoger en los últimos lustros. Que esto ocurra en lo industrial, en lo financiero, en lo económico, es más o menos inevitable: el peso de su demografía, sus riquezas naturales y sus capitales es relativamente pequeño al lado de Estados Unidos, China, Rusia o incluso Alemania. Ya en tiempos de sus últimos dos grandes presidentes, De Gaulle y Mitterrand, a Francia le costaba disimular que sus recursos no estaban a la altura de sus ambiciones. Pero De Gaulle y Mitterrand suplían semejante desfase con esa combinación de fertilidad de ideas, espíritu rebelde y gallardía de estilo (el *panache* de Cyrano de Bergerac) que siempre ha constituido la grandeza de su país.

Ahora ni eso. La Francia de François Hollande y Manuel Valls es una nación acobardada, de la que no surge una sola propuesta original, que cada vez pesa menos en el escenario europeo e internacional y que ni ciega de Beaujolais osa levantar la voz ante los que todos sabemos que mandan en el mundo. A imagen y semejanza de la pequeñez intelectual y moral de su presidente y su primer ministro, la Francia de esta segunda década del siglo XXI también mengua en lo inmaterial, en lo espiritual. En vísperas de la pasada Semana Santa, la actriz Sophie Marceau rechazó recibir



Por **JAVIER VALENZUELA**

Periodista y escritor. Después de trabajar 30 años en El País como corresponsal en Beirut, Rabat, París y Washington, y ser director adjunto de ese diario, fue el primer director de tintaLibre. Autor de ocho libros periodísticos, entre ellos *Usted puede ser tertuliano* y *Crónicas quinquies*. *Tangerina* (Martínez Roca, 2015) es su novena obra publicada y su primera novela.

@cibermofni

la Legión de Honor. ¿El motivo? Apenas unos días antes, Hollande le había concedido esta condecoración, la más prestigiosa en Francia desde Napoleón, al príncipe heredero de Arabia Saudí, responsable de más de 70 ejecuciones en los dos primeros meses de este año. Y eso por no hablar del peso ideológico y financiero del régimen de Riad en la extensión entre los musulmanes de ese delirio salafista que ensangrentó París dos veces en 2015. Marceau hizo bien: no podía aceptar que se la equiparara con un jeque saudí.

No es que la política exterior de la República francesa haya sido siempre democráticamente modélica; no estoy diciendo eso, en absoluto. Francia ha sido una potencia colonial y sigue ejerciendo cierto neocolonialismo en África. En demasiadas ocasiones, y no sólo con los diamantes de Bokassa, ha sucumbido a la *realpolitik* y, por activa o por pasiva, ha apoyado dictaduras. Incluso en tiempos del Frente Popular de Léon Blum se adhirió a la política inglesa de "no intervención" en la Guerra Civil española, asfixiando así a nuestra II República. Pero en aquel preciso momento podía decirse, al menos, que el Gobierno de Blum ya tenía bastante con lidiar con la cruel oposición que sus políticas sociales progresistas despertaban entre la derecha y el empresariado franceses. Ahora ni eso.

## PIKETTY Y LA LEGIÓN DE HONOR

Sophie Marceau no ha sido la única personalidad francesa que ha rechazado la Legión de Honor en los últimos tiempos. A comienzos de año, lo había hecho el economista Thomas Piketty, autor de *El capital en el siglo XXI*, un libro que denuncia la creciente concentración de la riqueza en unas pocas manos, la rampante desigualdad que caracteriza al capitalismo del siglo XXI. Piketty, que en el pasado estuvo próximo al Partido Socialista (PS), dice ahora pestes de la política económica de Hollande, y en particular de su traición a la promesa de efectuar una reforma fiscal que estableciera una auténtica progresividad en el pago de impuestos. Cuando Hollande le ganó las presidenciales de 2012 a Sarkozy, lo hizo anunciando que pensaba resucitar el aliento de la indomable aldea gala de Asterix. Europa llevaba un tiempo siguiendo a pies juntillas el fundamentalismo contable de la Alemania de Merkel y



por ninguna parte se veían signos de creación de riqueza y empleo. Al contrario, el enfermo empeoraba a ojos vista ante la retirada brutal del suero para evitar gastos. Hollande, que aún iba de socialdemócrata, juró que se plantaría ante Merkel y le exigiría el fin del austericidio y la aplicación de una política de estímulo al crecimiento semejante a la de Obama en Estados Unidos.

Pero el *panache* a lo Cyrano no le duró ni una semana: ya en su primera reunión con Merkel arrió la bandera de Asterix, se convirtió al austericidio y, cual si fuera un vulgar Rajoy, anunció que iba a impulsar en Francia las contrarreformas necesarias para que los sueldos fueran más bajos, los despidos más baratos, los servicios sociales más escuálidos, los beneficios de las empresas más sabrosos y los impuestos para las grandes fortunas menos gravosos. ¿Qué le dijo Merkel en aquella

primera cumbre bilateral? ¿Que en menos de lo que se tarda en contarlos, los mercados financieros podían poner a Francia al borde de la quiebra? Cabe suponer que, como había ocurrido con Zapatero en 2010, sería algo así. Incluso el que siga creyendo que son los votos

El presidente francés, François Hollande, en una fotografía tomada en enero./EFE

para que a los empresarios -locales e internacionales- les resulte tan provechoso invertir en el territorio nacional como les resulta hacerlo en Bangladesh.

Recuerdo aquellos tiempos en que los socialistas franceses se oponían a un libre comercio que estuviera basado en la competencia desleal de países que no cumplen unos mínimos en decencia de sueldos, condiciones laborales y respeto al medio ambiente. Recuerdo cuando hablaban de que había que "europeizar" al mundo. Helos aquí defendiendo ahora el modelo asiático, la conversión del Viejo Continente en un colosal *sweatshop*.

Lo de Hollande y Valls también puede verse como otra muestra de la decadencia de la socialdemocracia europea. Imagino a Jean Jaurès, el honesto y valeroso unificador del socialismo francés, alzándose de su tumba y sufriendo un instantáneo infarto al ver a Hollande y Valls hablando en su nombre. Porque no es sólo en lo socioeconómico donde esta pareja se ha bajado los pantalones, lo ha hecho también en materia de libertades y derechos, en lo mínimo que cabría exigirle a un centroizquierdista muy templadito, tan templadito que le dices al camarero: "Pomme un poquito más de leche caliente, por favor".

#### VALLS, ACOMPLEJADO

Voy a romper una lanza a favor de Zapatero. La respuesta de Zapatero a los atentados yihadistas en Madrid del 11-M fue la contraria a la de Bush tras el 11-S estadounidense. Nada de absurdas y contraproducentes aventuras bélicas

en el extranjero para satisfacer la sed nacional de venganza. Nada de recortes adicionales de libertades y derechos para dar la impresión populista de dureza frente al terrorismo. Nada de satanizar a un determinado colectivo para convertirlo en un chivo expiatorio que reduzca las responsabilidades del Gobierno y del Estado en la garantía de la libertad y la seguridad. Fue una buena respuesta: España no volvió a conocer una salvajada yihadista en los casi ocho años de Zapatero en La Moncloa. Se mejoró la eficacia de los servicios policiales y de inteligencia -la eficacia auténtica: la discreta- y se consiguió la colaboración de las comunidades musulmanas locales y de los países musulmanes amigos en la detección de posible riesgos. ¿Pero qué decir de Manuel Valls? Cuesta resistir la tentación de compararlo con Pierre Laval, aquel politicastro francés de los años

1930-1940 que comenzó como socialista y, a fuerza de ir girando hacia el pragmatismo, terminó siendo el primer ministro del mariscal Pétain en el régimen de Vichy y la clave de bóveda de su colaboración con los nazis. Para los que lo hayan olvidado, recordaré que Laval fue fusilado por traidor en el otoño de 1945.

Valls parece un caso de manual de acumulación de complejos. Como su padre era un inmigrante español, debe demostrar que es más galo que Vercingétorix. Como tiene carné del Partido Socialista, debe demostrar que es más partidario de la maximización de los beneficios de las empresas que el mismísimo Bernard Arnault, patrón de LVMH. Veamos su reacción a los atentados en París de noviembre de 2015. Primero, estado de excepción, con la pelicular actuación en Saint-Denis, en la que, según desveló Mediapart, la policía disparó hasta 1.500 proyectiles frente a los 11 de los yihadistas, la mayoría de las lesiones de los agentes procedieron de "fuego amigo" y no hubo ninguna "terrorista suicida". Después, tono belicista a lo Bush: "Estamos en guerra" y todo eso. Además, propuesta de quitarles la nacionalidad a determinados franceses procedentes de la inmigración. Al final, Hollande renunció a esta medida.

Esto último no se conocía en Francia desde que, en tiempos de Pétain y Laval, se anuló la nacionalidad francesa a judíos de reciente arraigo en Francia, lo que facilitó su envío a campos de exterminio en la Alemania nazi. La barbaridad es de tal calibre que provocó la inmediata dimisión de Christiane Taubira, la ministra socialista de Justicia.

¿Hace falta que les diga que la primera fuerza política que propuso esa medida fue la dirigida por la familia Le Pen? ¿Se extrañan ustedes de que, puestos a escoger entre el original y la copia, un porcentaje cada vez más alto de franceses opten por el Frente Nacional? ¿Debo recordarles que, frente a la Francia que amo, siempre ha existido otra Francia de ultraderecha? Sí, Francia también es el país del antisemitismo de Édouard Drumont y el *affaire* Dreyfus, de Charles Maurras y su *Action Française*, de las ligas de los años 1930 y la *La Cagoule*, del mariscal Pétain, Laval y Vichy, de la *Algérie Française* y la *OAS*... Pero quizá el golpe más terrible contra la Francia necesaria, la de la Ilustración, lo propinó Manuel Valls cuando, hablando de los atentados yihadistas, aseguró que "explicar ya es excusar". Edwy Plenel, el fundador de Mediapart, dijo que esa declaración del primer ministro consumaba la "ruptura del PS y el mundo intelectual", y tenía más razón que un santo. ¿Intentar encontrar por el método científico las causas del nacimiento y la extensión de la peste supone excusarla, justificarla, absolverla? Basándose en la mejor tradición de racionalidad francesa, uno diría más bien lo contrario: no se puede erradicar la peste si no se sabe de dónde procede y cómo se propaga.

Francia, con gente como esta, es un gallo sin cabeza. ♦



los que deciden las políticas económicas de los gobiernos europeos. Los griegos de Syriza lo descubrirían en el verano de 2015, cuando, entre otras cosas, fue digno de ver a la socialdemocracia oficial europea, la de Hollande, Matteo Renzi y Pedro Sánchez, competir con los conservadores en la repetición a lo papagayo de que las deudas se pagan. Las deudas a los bancos, *bien entendu*.

En los días en que Sophie Marceau rechazaba la Legión de Honor para que no la confundieran con la sumisa esposa de un tiranuelo saudí, Hollande y Valls sufrían su primera oleada de protestas callejeras. Acababan de proponer una contrarreforma del mercado laboral francés basada, pásmense ustedes, en el modelo del Partido Popular en España. Sí, aquello de que los trabajadores han vivido por encima de sus posibilidades y tienen que hacerse aún más dóciles y baratos

**Hollande y Valls se han bajado también los pantalones en materia de derechos y libertades, en lo mínimo exigible al centroizquierdista**